

# Telón

## Raymond Chandler

### I

La primera vez en mi vida que vi a Larry Batzel estaba borracho delante del Sardi's en un Rolls Royce de segunda mano. Con él había una rubia alta con unos ojos de los que no se olvidan. La ayudé a convencerlo de que se quitase del volante para que pudiera conducir ella.

La segunda vez que lo vi no tenía ni Rolls Royce ni rubia ni trabajo en el cine. Lo único que tenía eran nervios y un traje que necesitaba ser planchado. Se acordó de mí. Tenía esa clase de borrachera.

Le pagué bebida suficiente para que se sintiera medianamente bien y le di la mitad de mis cigarrillos. Solía verlo de vez en cuando entre películas. Pasé a prestarle dinero. No sé muy bien por qué. Era una bestia, grande y apuesto, con ojos de vaca y algo sincero e inocente en ellos. Algo que no encuentro mucho en mi oficio.

Lo gracioso es que antes de la derogación había estado colocando licor para una banda de lo más duro. En el cine nunca llegó a ninguna parte y al cabo de un tiempo dejé de verlo por allí.

Hasta que un día recibí como caído del cielo un cheque con todo lo que me debía y una nota de que estaba trabajando en las mesas —de juego, no de restaurante— del Dardanella Club y que fuera por allí y lo buscase.

Así me enteré de que había vuelto a los negocios... turbios.

No fui a verlo, pero me enteré de alguna forma de que el local era propiedad de Joe Mesarvey, y que Joe Mesarvey estaba casado con la rubia de los ojos, aquella con la que Larry Batzel estaba en el Rolls aquella vez. Pero seguí sin pasarme por allí.

Entonces, una mañana muy temprano vi una figura en penumbra de pie junto a mi cama, entre la ventana y yo. Había bajado las persianas. Eso debía de haber sido lo que me despertó. Era una figura grande y tenía un arma.

Me di la vuelta y me froté los ojos.

—Está bien —dije en tono ácido—. Hay doce pavos en los pantalones y el reloj de pulsera vale veintisiete cincuenta. Con eso no sacarás nada.

La figura fue hasta la ventana, apartó un par de centímetros la persiana y miró a la calle. Cuando se volvió otra vez vi que era Larry Batzel.

Tenía la cara macilenta y cansada y le hacía falta afeitarse. Todavía llevaba esmoquin y un abrigo cruzado oscuro con una rosa enana colgándole de la solapa.

Se sentó y descansó la pistola sobre la rodilla un momento antes de apartarla con expresión de desconcierto, como si no supiera cómo sostenerla en la mano.

—Vas a tener que llevarme a Bernardino —dijo—. Tengo que marcharme de la ciudad. Me han puesto la cruz.

—De acuerdo —dije—. Cuéntamelo.

Me incorporé, apoyé los dedos de los pies en la alfombra y encendí un pitillo. Eran un poco pasadas las cinco treinta.

—He forzado tu cerradura con un trozo de celuloide —dijo—. Tendrías que usar el cerrojo por la noche de vez en cuando. No estaba seguro de cuál era tu guarida y no quería despertar a todo el edificio.

—La próxima vez prueba con los buzones —dije—. Pero adelante. No estás borracho, ¿verdad?

—Me gustaría estarlo, pero primero tengo que largarme de aquí. Estoy muy nervioso. Ya no soy tan duro como antes. Habrás leído lo de la desaparición de O'Mara, naturalmente.

—Sí.

—Escúchame, de todos modos. Si sigo hablando no reventaré. No creo que me descubran aquí.

—Un trago no nos hará daño a ninguno de los dos —dije—. El whisky está encima de aquella mesa.

Sirvió rápidamente un par de copas y me tendió una. Me puse el batín y las zapatillas. El cristal repiqueteó contra sus dientes al beber.

Dejó el vaso vacío y se apretó con fuerza las manos.

—Yo conocía muy bien a Dud O'Mara. Pasábamos material juntos desde Weneme Point. Incluso cortejamos a la misma chica. Ahora está casada con Joe Mesarvey. Dud se casó con cinco millones de dólares. Se casó con la hija divorciada del general Dade Winslow, esa que está un poco tocada del ala.

—Todo eso ya lo sé —dije.

—Sí. Tú escucha. Se lo ligó en un bar clandestino como quien coge una bandeja en un bufé. Pero a él no le gustó aquella vida. Estoy seguro que seguía viendo a Mona. Puso sobre aviso a Joe Mesarvey y Lash Yeager tenía otro negocio de coches robados. Y se lo cargaron.

—Demonios si lo hicieron —dije—. Tómate otra copa.

—No. Tú escucha. Solo son dos puntos. La noche que a O'Mara le bajaron el telón, bueno, no, la noche que se enteraron los periódicos, también desapareció Mona Mesarvey. Solo que de mentira. La escondieron en una caseta un par de millas más allá de Realito, donde los naranjos. En la puerta de al lado de un garaje que lleva un pájaro que se llama Art Huck, un almacén de coches robados. Yo lo descubrí. Seguí a Joe hasta allí.

—¿Y tú qué tenías que ver con eso? —pregunté.

—Mona todavía me gusta. Te cuento esto porque una vez te portaste conmigo más que genial. Igual puedes hacer algo después de que me haya esfumado. La habían escondido allí para que pareciera que Dud se había esfumado con ella. Naturalmente los polis no fueron tan tontos y fueron a ver a Joe después de la desaparición. Pero no encontraron a Mona. Tienen un sistema con los desaparecidos y actúan según ese sistema.

Me levanté y volví a acercarme a la ventana, miré por la rendija de la persiana.

—Allí abajo hay un sedán azul que creo que ya he visto antes —dije—. Pero puede que no. Hay un montón como ese.

Larry volvió a sentarse. Yo no dije nada.

—Ese sitio pasado Realito está en la primera carretera secundaria al norte desde el bulevar Foothill. No tiene pérdida. Allí solo están el garaje y la casa de al lado. Más arriba de allí hay una antigua planta de cianuro. Te explico esto porque...

—Ese es el punto primero —dije—. ¿Cuál era el punto segundo?

—El menda que solía conducir para Lash Yeager se dio el piro hace un par de semanas y se marchó al este. Le presté cincuenta pavos. Estaba seco. Me contó que Yeager se había ido a la finca de Winslow la noche que desapareció Dud O'Mara.

Me lo quedé mirando.

—Eso es interesante, Larry. Pero no nos basta para descubrir el pastel. Después de todo hay un departamento de policía.

—Sí. Añade esto. Anoche cogí una trompa y le conté a Yeager lo que sabía. Y entonces dejé el trabajo del Dardanella. Así que alguien disparó contra mí delante de mi casa cuando estaba llegando. Y desde entonces ando escabulléndome. O sea, ¿querrás llevarme a Bernardino?

Me puse de pie. Estábamos en mayo, pero me entró frío. A Larry Batzel se le veía también con frío, a pesar del abrigo.

—Sin duda —dije—. Pero tómatelo con calma. Si vamos más tarde será mucho más seguro que ahora. Tómate otra copa. No sabes de verdad si se cargaron a O'Mara.

—Si descubrió lo del negocio de coches robados, con Mona casada con Joe Mesarvey, tendrían que liquidarlo. Él era así.

Me puse de pie y fui al cuarto de baño. Larry se acercó otra vez a la ventana.

—Sigue ahí —dijo hacia atrás—. Igual te pegan un tiro si vas en coche conmigo.

—Eso no me gustaría ni un pelo —dije.

—Eres un canalla de buena pasta, Carmady. Va a llover. No soportaría que me enterraran lloviendo, demonios, ¿y tú?

—Hablas mucho más de la cuenta —dije, y entré en el cuarto de baño.

Fue la última vez que hablé con él.

## II

Lo oí circular mientras me afeitaba, pero no después de meterme en la ducha, naturalmente. Cuando salí se había ido. Me sequé y miré en la cocina. No estaba allí. Me puse el albornoz y atibé en el pasillo. Estaba vacío excepto por un lechero que empezaba a bajar las escaleras de atrás con su cesta de alambre y sus botellas, y los periódicos frescos del día doblados y apoyados en las puertas cerradas.

—¡Eh, usted! —llamé al lechero—. ¿Ha visto salir de aquí ahora mismo a un hombre y pasar por su lado?

Me miró desde la esquina de la pared y abrió la boca para contestar. Era un muchacho de aspecto agradable con unos bonitos dientes grandes y blancos. Me acuerdo bien de esos dientes porque los estaba mirando cuando oí los tiros.

No sonaron ni muy cerca ni muy lejos. Fuera, por la parte de atrás del bloque de apartamentos, donde los garajes o el callejón, pensé.

Fueron dos tiros rápidos, duros, y luego una metralleta. Una ráfaga de cinco o seis, todo lo que necesitaría un buen artillero. Luego el bramido del coche alejándose.

El lechero cerró la boca como si la controlara una palanca. Sus ojos enormes y vacíos me miraban. Luego dejó con mucho cuidado las botellas en el escalón de arriba y se apoyó contra la pared.

—Eso parecían tiros —dijo.

Todo eso duró un par de segundos que parecieron media hora. Volví a entrar en mi apartamento y me puse la ropa, agarré cuatro trastos del buró y salí al pasillo. Seguía vacío, hasta faltaba el lechero. En algún punto cercano moría una sirena. Un calvo con cara de resaca asomó por una puerta y sorbió por la nariz.

Bajé las escaleras de atrás.

Dos o tres personas habían salido al vestíbulo de la planta baja. Salí por detrás. Los garajes formaban dos filas una frente a la otra en un espacio hormigonado, con otros dos más al final que

dejaban un espacio para salir al callejón. Tres casas más allá, un par de críos aparecieron sobre una valla.

Larry Batzel yacía de cara, con el sombrero a un metro de la cabeza y una mano estirada a cosa de un palmo de una gran automática negra. Tenía los tobillos cruzados como si se hubiera girado al caer. Sobre un lado de la cara tenía sangre espesa, también en el pelo rubio, especialmente en el cuello. También había un charco en el suelo de cemento.

Dos guardias de la patrulla, el lechero y un hombre con un jersey marrón y un mono sin peto estaban inclinados sobre él. El hombre del mono era nuestro portero.

Me acerqué a ellos más o menos al mismo tiempo que los dos niños caían en el patio desde encima de la valla. El lechero me miró con una expresión rara, tensa. Uno de los guardias se enderezó:

—¿Lo conoce alguno de ustedes? Todavía le queda media cara.

No me hablaba a mí. El lechero meneó la cabeza y no dejó de mirarme por el rabillo del ojo.

El portero dijo:

—No es inquilino de aquí. Debía de estar de visita. Un poco temprano para visitas, de todos modos, ¿no?

—Lleva ropa de etiqueta. Usted conoce este agujero mejor que yo —dijo el guardia en tono duro. Sacó una libreta.

El otro guardia se puso derecho también, meneó la cabeza y se dirigió hacia la casa, y el portero fue trotando detrás de él.

El guardia de la libreta me señaló con el pulgar y me dijo en tono áspero:

—Usted llegó aquí el primero después de estos dos. ¿Algo que decir?

Miré al lechero. A Larry Batzel no le importaría y aquel hombre tenía una vida que ganarse. De todos modos no era una historia para un coche patrulla.

—Simplemente oí los tiros y vine corriendo —dije.

El guardia tomó aquello como una respuesta. El lechero levantó los ojos hacia el cielo gris encapotado y no dijo nada.

Al cabo de un rato volví a mi apartamento y terminé de vestirme. Al recoger el sombrero de encima de la mesa de la ventana junto a la botella de whisky vi un pequeño capullo de rosa sobre un trozo de papel escrito.

La nota decía: «Eres un buen tipo, pero me parece que me lo haré solo. Dale la rosa a Mona si alguna vez tienes la oportunidad. Larry».

Metí las dos cosas en la cartera y me reconforté con una copa.

### III

Sobre las tres de esa tarde estaba en el vestíbulo principal de la casa de Winslow esperando a que regresara el mayordomo. Me había pasado la mayor parte del día sin pasarme por mi despacho o mi apartamento, para no encontrarme con alguno de Homicidios. Solo era cuestión de tiempo que me los encontrara, pero primero quería ver al general Dade Winslow. Era difícil de ver.

A mi alrededor colgaban pinturas al óleo, la mayoría retratos. Había un par de estatuas y varias armaduras oscurecidas por el tiempo sobre pedestales de madera oscura. A mucha altura sobre la enorme chimenea de mármol colgaban dos pendones de caballería cruzados, desgarrados por las balas —o comidos por las polillas—, dentro de una caja de cristal, y debajo de ellos, la semblanza pintada de un hombre delgado, vivaracho, con una barba negra y bigote y uniforme

completo de los tiempos de la guerra con México. Podría ser el padre del general Dade Winslow. El propio general, aun siendo muy viejo, no podía serlo tanto.

Entonces volvió el mayordomo y me dijo que el general Winslow estaba en el invernadero de las orquídeas y que lo siguiera, por favor.

Salimos por las puertas de cristalera de atrás y cruzamos un jardín hasta un pabellón grande de cristal bien pasados los garajes. El mayordomo abrió la puerta que daba a una especie de vestíbulo y la cerró en cuanto estuve dentro. Allí hacía calor. Luego abrió la puerta de dentro, y allí sí que hacía calor de verdad.

El aire humeaba. Las paredes y el techo del invernadero goteaban. En la semipenumbra, unas plantas tropicales enormes extendían sus flores y ramas por todo el espacio y su olor era casi tan agobiante como el del alcohol al hervir.

El mayordomo, que era viejo y flaco y muy estirado y de pelo blanco, sujetó las ramas de algunas plantas para que yo pudiera pasar, y aparecimos en un claro abierto en medio de aquel sitio. Una alfombra turca rojiza se extendía sobre las losas hexagonales. En medio de la alfombra, en una silla de ruedas, estaba sentado un hombre muy mayor con una manta de viaje alrededor del cuerpo. Miraba cómo nos acercábamos.

En su rostro no había nada vivo salvo los ojos. Unos ojos negros, hundidos, brillantes, intocables. El resto de la cara era una sombría máscara funeraria, sienes hundidas, nariz afilada, lóbulos de las orejas vueltos hacia fuera, boca que no era más que una fina hendidura blanca. Estaba envuelto en parte en una bata roja andrajosa y en parte con la manta. Las uñas de sus dedos eran de color morado y tenía las manos cruzadas pero sueltas, inmóviles, sobre la manta. En el cráneo tenía unos cuantos mechones sueltos de pelo blanco.

—El señor Carmady, general —dijo el mayordomo.

El anciano me miró fijamente. Luego, una voz cortante, irritada, dijo:

—Ponga una silla para el señor Carmady. El mayordomo arrastró una silla de mimbre y me senté. Dejé el sombrero en el suelo. El mayordomo lo recogió.

—Brandy —dijo el general—. ¿Cómo le gusta a usted el brandy, señor?

—De todas las formas —dije.

Soltó un bufido desdeñoso. El mayordomo se marchó. El general se me quedó mirando sin parpadear. Volvió a soltar un bufido.

—Yo siempre lo tomo con champán —dijo—. Un tercio de copa de brandy debajo del champán y el champán tan frío como el Valley Forge. Más frío aún, si es posible.

De su cuerpo salió un ruido que podía haber sido una risita.

—No es que yo haya estado en el Valley Forge —dijo—. A tanto no llego. Puede usted fumar, caballero.

Le di las gracias y le dije que estaba cansado de fumar, al menos un rato. Saqué un pañuelo y me enjuagué la cara.

—Quítese el abrigo, caballero. Dud siempre se lo quitaba. Las orquídeas exigen calor, señor Carmady... Igual que los viejos enfermos.

Me quité el abrigo, una gabardina que me había llevado. Parecía que iba a haber lluvia. Larry Batzel había dicho que iba a llover.

—Dud es mi yerno. Dudley O'Mara. Parece ser que tiene usted algo que decirme sobre él.

—Solo habladurías —dije—. No me gustaría extenderme sobre el tema, a no ser que cuente con su visto bueno, general Winslow.

Los ojos de basilisco se clavaron en mí:

—Usted es detective privado. Supongo que quiere que se le pague.

—Estoy en esa línea de negocio —dije—. Pero eso no significa que tengan que pagarme cada vez que respiro. Es solo algo que he oído. Tal vez quiera pasárselo usted mismo a la Oficina de Personas Desaparecidas.

—Entiendo —dijo con calma—. Alguna especie de escándalo.

El mayordomo reapareció antes de que pudiera contestarle. Empujaba un carrito de té por medio de la jungla, lo detuvo a mi lado y me preparó un brandy con soda. Luego se marchó.

Di un sorbito a la bebida.

—Al parecer había una chica —dije—. La conocía de antes que a su hija. Ahora está casada con un pandillero. Al parecer...

—Ya he oído todo eso —dijo—. Y me importa un pepino.

Lo que quiero saber es dónde está y si está bien. Si es feliz. Lo miré con los ojos como platos. Al cabo de un momento dije con voz débil:

—Tal vez pueda encontrar a la chica, o la encuentren los chicos de la central con lo que yo pueda contarles.

Manoseó el borde de la manta y movió la cabeza un par de centímetros. Creo que asentía. Luego dijo, muy despacio:

—Es probable que esté hablando demasiado para mi salud, pero quiero dejar algo claro. Soy un inválido. Tengo las dos piernas arruinadas y la mitad de la parte baja del vientre. Ni como ni duermo mucho. Me aburro a mí mismo y soy una puñetera molestia para todos los demás. Así que echo de menos a Dud. Pasaba mucho tiempo conmigo. Aunque solo Dios sabe por qué.

—Bueno... —empecé.

—Cállese. Para mí usted es un jovencito, así que puedo ser maleducado con usted. Dud se marchó sin decirme adiós. Eso no era propio de él. Una noche se largó en su coche y desde entonces nadie ha sabido de él. Si se cansó de la tonta de mi hija y de sus caprichos, si quería tener otra mujer, me parece muy bien. Le dio la ventolera y se marchó sin decirme adiós, y ahora se arrepiente. Por eso no sé nada de él. Encuéntrelo y dígame que lo comprendo. Eso es todo... A no ser que necesite dinero. Si lo necesita, puede disponer de todo el que quiera.

Sus plumizas mejillas habían adquirido un tinte casi rosáceo. Los ojos negros le brillaban más aún, si era posible. Se echó hacia atrás muy lentamente y cerró los ojos.

Bebí buena parte de mi copa de un solo y largo trago.

—Supongo que está en un buen lío —dije—. Digamos que por culpa del marido de la chica. Ese tal Joe Mesarvey.

Abrió los ojos y parpadeó:

—Un O'Mara no —dijo—. El que estará en un lío será el otro.

—Muy bien. ¿Les comunico a los de Personas Desaparecidas dónde he oído que está la chica?

—Naturalmente que no. Hasta ahora no han hecho nada. Dejemos que sigan así. Encuéntrelo usted. Le pagaré mil dólares... Aunque solo tenga que cruzar al otro lado de la calle. Dígame que aquí todo está perfectamente. Que el viejo está bien y le manda su cariño. Nada más.

No pude decírselo. De repente no pude contarle nada de lo que me había dicho Larry Batzel, ni de lo que le había pasado a Larry ni de nada. Me terminé el brandy, me levanté y volví a ponerme la gabardina.

—Es demasiado dinero para este trabajo, general Winslow. Ya hablaremos de eso más adelante. ¿Tengo autorización para representarle a usted a mi manera?

Apretó un timbre en la silla de ruedas.

—Dígale simplemente que quiero saber si está bien y quiero que sepa que yo estoy bien. Eso es todo... A no ser que necesite dinero. Y ahora tendrá que excusarme. Estoy cansado.

Cerró los ojos. Volví a cruzar la jungla y el mayordomo me recibió en la puerta con mi sombrero. Respiré un poco de aire fresco.

—El general quiere que vea a la señora O'Mara —dije.

## IV

La habitación estaba completamente enmoquetada de blanco. Unos cortinajes de color marfil de una altura inmensa caían como al azar sobre la moqueta blanca junto a las numerosas ventanas. Estas daban a las oscuras estribaciones, y el aire tras los cristales era también oscuro. Aún no había empezado a llover, pero podía sentirse la presión de la atmósfera.

La señora O'Mara estaba estirada sobre una otomana blanca, con las dos zapatillas quitadas y unas medias de redecilla que ya no se llevaban. Era alta y morena, con un gesto de mal humor en la boca. Guapa, pero de este lado de la belleza.

—¿Hay algo en este mundo que yo pueda hacer por usted? —me preguntó—. Porque ya todo se sabe. Absolutamente todo. Salvo que yo no sé quién es usted, ¿no es sí?

—Bueno, apenas —dije—. No soy más que un poli privado de poca monta.

Alargó la mano para tomar un vaso que yo no había visto, pero que me hubiera puesto a buscar en breve por su manera de hablar y por el hecho de que se hubiera quitado las zapatillas. Bebió con languidez, exhibiendo un anillo.

—Lo conocí en un bar clandestino —dijo con una risa aguda—. Un contrabandista de licor de lo más guapo, con un pelo rizado espeso y sonrisa de irlandés. Así que me casé con él. De puro aburrimiento. En cuanto a él, incluso entonces el negocio del contrabando era algo inseguro... Si no era otra cosa lo que le atraía.

Esperó a que yo le dijera que sí que era otra cosa, pero no como si le importase demasiado lo que le soltara. Le dije simplemente:

—¿No lo vio marcharse el día que desapareció?

—No. Pocas veces lo veía marcharse, o volver. Así era la cosa. —Bebió un poco más de su bebida.

—Ajá —gruñí—. Pero, claro, no se pelearon. —Nunca se pelean.

—Hay tantas maneras de pelearse, señor Carmady...

—Sí. Me gusta que diga eso. Por supuesto que sabía usted lo de la chica.

—Me alegro de poder ser totalmente franca con un antiguo detective de la familia. Sí, sabía lo de la chica. —Se retorció un mechón de pelo negro detrás de la oreja.

—¿Lo sabía antes de que desapareciera? —pregunté cortésmente.

—Desde luego.

—¿Cómo?

—Es usted de lo más directo, ¿verdad? Por contactos, como se suele decir. Soy una vieja aficionada a los bares clandestinos. ¿O es que no lo sabía?

—¿Conocía a la pandilla del Dardanella?

—He ido por allí. —No pareció sobresaltarse, ni siquiera sorprenderse—. En realidad estuve viviendo allí prácticamente una semana. Y allí conocí a Dudley O'Mara.

—Sí. Su padre se casó ya mayor, ¿no es cierto? Vi que le desaparecía el color de las mejillas. Quería enfadarla, pero no había nada que hacer. Sonrió y el color le volvió, y tiró de una campanilla que caía entre los almohadones de fustán de la otomana.

—Muy mayor —dijo—, si es que es de su incumbencia.

—No, no lo es —dije.

Una doncella de aire tímido entró y preparó un par de copas en una mesa auxiliar. Le dio una a la señora O'Mara y dejó la otra junto a mí. Volvió a marcharse enseñando unas bonitas piernas bajo la falda corta.

La señora O'Mara esperó a que se cerrara la puerta.

—Todo este asunto ha puesto a Padre de muy mal humor —dijo—. Me gustaría que Dud mandara un telegrama o escribiera o algo.

—Es un hombre muy muy mayor —dije lentamente—, impedido, ya medio enterrado. Un delgado hilo de interés lo sujetaba a la vida. Ese hilo se ha partido y a nadie le importa un bledo. Intenta comportarse como si a él tampoco le importara. Yo a eso no lo llamaría mal humor. Lo llamaría una excelente demostración de que tiene agallas.

—Caballeroso —dijo ella con ojos como puñales—. Pero no ha tocado su copa.

—Tengo que irme —dije—. Gracias de todos modos.

Me tendió una mano delgada y morena y yo me acerqué y se la toqué. Un trueno estalló de pronto detrás de los montes y la mujer dio un salto. Una ráfaga de aire estremeció las ventanas.

Bajé una escalera embaldosada hasta el vestíbulo y el mayordomo apareció como una sombra y me abrió la puerta.

Contemplé una sucesión de terrazas decoradas con arriates de flores y árboles importados. Debajo, una alta barandilla de metal con cabezas de lanzas doradas y un seto de dos metros en el interior. El asfalto hundido de la entrada se dejaba caer hasta la verja principal y el pabellón que las guardaba por dentro.

Más allá de la finca, la ladera del monte descendía hacia la ciudad y los antiguos pozos petroleros de La Brea, actualmente en parte parque y en parte una franja desértica de tierra salvaje vallada. Algunas torres de madera todavía seguían en pie. Con aquello había hecho su fortuna la familia Winslow, y luego había escapado de las torres hacia lo alto de la colina, lo bastante lejos para mantenerse apartada del olor a crudo, pero no tanto para no ver desde las ventanas de la fachada lo que les había hecho ricos.

Bajé los peldaños de ladrillo entre las terrazas de césped. En una de ellas un crío de pelo oscuro y cara pálida de diez u once años lanzaba dardos contra un blanco colgado de un árbol. Me acerqué a él:

—¿Tú eres el joven O'Mara? —pregunté.

Se apoyó en un banco de piedra con cuatro dardos en la mano y me miró con ojos fríos de color pizarra, maduros.

—Soy Dade Winslow Trevillyan —dijo hoscamente.

—Ah, entonces Dudley O'Mara no es tu padre.

—Pues claro que no —su voz estaba llena de desdén—. ¿Quién es usted?

—Soy detective. Y voy a encontrar a tu... quiero decir, al señor O'Mara.

Aquello no nos acercó lo más mínimo. Los detectives no le importaban en absoluto. Los truenos rebotaban por los montes como un puñado de elefantes jugando a corre que te pilló. Se me ocurrió otra idea.

—Apuesto a que no consigues acertar cuatro de cinco en el oro a diez metros.

Se animó de inmediato.



—¿Con estos?

—Ajá.

—¿Cuánto se apuesta? —me retó.

—Oh. Un dólar.

Corrió hasta el blanco y quitó los dardos clavados, volvió y perfiló la postura junto al banco.

—Eso no son diez metros —dije.

Me lanzó una mirada agria y se puso unos pocos pasos detrás del banco. Sonreí, luego dejé de sonreír.

Su mano pequeña los lanzó con tal agilidad que casi no podía seguirlos. En menos que se cuenta un segundo, cinco dardos colgaban del centro dorado del blanco. Me miró con aire triunfador.

—Dios, es usted muy bueno, maestro Trevillyan —gruñí, y saqué mi dólar.

Su pequeña mano se apoderó de él como una trucha que muerde la mosca. Lo quitó de la vista como un relámpago.

—Esto no es nada —dijo entre risas—. Tendría que verme en la galería de tiro detrás de los garajes. ¿Quiere que vayamos allí y apostemos algo más?

Volví la vista hacia el monte y vi parte de un edificio bajo blanco que se apoyaba en una ladera.

—Bueno, hoy no —dije—. La próxima vez que venga de visita, tal vez. Así que Dud O'Mara no es tu padre. Si algún día lo encuentro, ¿a ti te parecerá bien?

Encogió los hombros flacos y huesudos dentro de su jersey color castaño.

—Seguro. Pero, ¿qué va a hacer usted que no haga la policía?

—Es solo una idea —dije, y lo dejé allí.

Bajé por el camino de ladrillo hasta donde acababa el césped y seguí por dentro del seto hacia la casita de la entrada. A través del seto podía atisbar la calle. Cuando estaba a medio camino del pabellón de entrada vi afuera el sedán azul. Era un coche pequeño y perfilado, de línea baja, muy limpio, más ligero que un coche de policía pero de un tamaño parecido. Detrás de él se veía mi descapotable esperándome debajo del pimentero.

Me quedé mirando el sedán a través del seto. Pude ver las volutas del humo del cigarrillo de alguien chocar contra el parabrisas dentro del coche. Di la espalda al pabellón de entrada y miré hacia arriba. El niño Trevillyan había desaparecido de la vista de alguna forma, tal vez para ir a guardar el dólar, aunque un dólar no debía de significar mucho para él.

Me incliné y desenfundé la Luger 7.65 que llevaba ese día y me la metí con la boca para abajo en el calcetín izquierdo, hasta dentro del zapato. Podía andar así si no iba demasiado deprisa. Fui hasta las verjas.

Las tenían cerradas y nadie podía entrar en la casa sin identificarse. El portero, un perro guardián con pistola bajo el brazo, salió y me hizo pasar por un portillo pequeño en un lateral de las verjas. Me quedé hablando con él entre los barrotes durante un momento mientras observaba el sedán.

Me pareció correcto. Parecía que había dos personas dentro. Estaba a unos treinta metros, a la sombra del muro alto del otro lado. Era una calle muy estrecha, sin aceras, no tenía que ir muy lejos para llegar a mi descapotable. Eché a andar un poco tenso sobre el oscuro pavimento y llegué, metí la mano rápidamente en un pequeño compartimento de la parte delantera del asiento donde guardaba un arma de reserva. Era un Colt de la policía. Me lo metí en la sobaquera y puse en marcha el coche.

Solté el freno y arranqué. De pronto, empezó a llover con grandes goterones y el cielo se puso tan negro como las boinas de la liga antialcohólica. Mucho más claro que eso vi que el sedán se apartaba del bordillo detrás de mí.

Puse en marcha el limpiaparabrisas y subí hasta casi sesenta por hora a toda prisa. Cuando llevaba unas ocho manzanas pusieron en marcha la sirena. Eso me confundió. Era una calle tranquila, mortalmente tranquila. Bajé la velocidad y me paré junto al bordillo. El sedán paró a mi lado y me vi frente al hocico negro de una metralleta apoyada en el marco de la ventanilla de atrás.

Detrás se veía una cara estrecha de ojos enrojecidos, una boca rígida. Una voz sonó por encima del ruido de la lluvia y del limpiaparabrisas y el sonido de los dos motores.

—Venga aquí con nosotros —dijo—. Pórtese bien, ya me entiende.

No eran polis. Ahora ya daba igual. Cerré el contacto, dejé caer las llaves al suelo y salí al estribo. El hombre que iba al volante del sedán ni me miró. El de detrás abrió una puerta de una patada y se deslizó sobre el asiento sin dejar de sujetar con garbo la metralleta.

Me metí en el coche.

—Muy bien, Louie. Cachéalo.

El conductor salió de detrás del volante y se puso detrás de mí. Encontró el Colt que llevaba bajo el brazo, me palmeó las caderas y los bolsillos, la cintura.

—Limpio —dijo, y volvió al asiento delantero del coche.

El hombre de la Thompson alargó la mano izquierda y cogió el Colt que tenía el conductor, luego puso la metralleta en el suelo del coche y la tapó con una esterilla marrón doblada. Volvió a recostarse en su rincón, tranquilo y relajado, con el Colt sobre las rodillas.

—Muy bien, Louie. Ahora, en marcha.

## V

Avanzamos ociosa, elegantemente, con la lluvia tamborileando sobre el techo y escurriéndose por las ventanillas de un lado. Fuimos serpenteando por calles en cuesta llenas de curvas, entre fincas que cubrían varios acres, y cuyas casas eran unos racimos lejanos de buhardillas de tejados chorreantes detrás de los árboles difusos.

Una bocanada de humo de cigarrillo flotó hasta debajo de mi nariz y el hombre de los ojos enrojecidos me dijo:

—¿Qué te contó?

—Poca cosa —dije—. Que Mona se largó de la ciudad la noche que los periódicos dieron la noticia. El viejo Winslow ya lo sabía.

—No le haría falta escarbar mucho para averiguar eso —dijo Ojos Rojos—. A los maderos no les hizo falta. ¿Qué más?

—Dijo que le habían disparado. Quería que lo sacase de la ciudad. Al final se largó él solo. No sé por qué.

—Suéltalo todo, figgón —dijo Ojos Rojos en tono seco—. No te queda otra salida.

—Eso es todo —dije, y miré la lluvia caer por la ventanilla.

—¿Llevas el caso para el viejo?

—No. Es un agarrado.

Ojos Rojos se rió. Notaba la pistola del zapato pesada y floja, y muy lejos.

—Puede que eso sea todo lo que haya que saber de O'Mara —dijo.

El hombre del asiento de delante volvió la cabeza un poco y gruñó:

—¿Dónde demonios dijiste que estaba esa calle?

—En lo alto de Beverly Glen, estúpido. Mulholland Drive.

—Ah, eso. Jesús, ese pavimento no vale una mierda.

—Ya lo asfaltaremos con el fisgón —dijo Ojos Rojos. Las fincas iban disminuyendo y los chaparros se iban haciendo con las laderas del monte.

—No eres mala persona —dijo Ojos Rojos—. Solo que duro, como el viejo. ¿No captas la idea? Queremos saber todo lo que dijo. Porque así sabremos si tenemos que liquidarte o no.

—Vete al infierno —dije—. De todos modos no me vas a creer...

—Prueba. Para nosotros no es más que un trabajo. Lo hacemos y seguimos adelante.

—Debe de ser un buen trabajo —dije—. Mientras dure.

—Haces demasiados chistecitos, socio. —Hace tiempo, sí, mientras tú estabas en el reformatorio. Aún sigo cayendo mal a la gente.

Ojos Rojos se rió otra vez. No parecía que fuera mucho de farol.

—Por lo que nosotros sabemos, con la ley estás limpio. Esta mañana no metiste la pata.

¿Correcto?

—Si digo que sí, igual me despachas ahora mismo. Está bien.

—¿Qué me dices de uno de los grandes para tus gastos y nos olvidamos de todo el asunto?

—Eso no te lo crees ni tú.

—Sí, claro que sí. Mira, esta es la idea. Hacemos el trabajo y seguimos. Somos una organización. Pero tú vives aquí, tienes perspectivas y un negocio. Juegas el juego.

—Claro —dije—. Juego el juego.

—Nosotros, no —dijo Ojos Rojos en tono suave—, nunca nos cargamos a un tipo legal. Es malo para el negocio.

Se recostó en su rincón, la pistola sobre la rodilla derecha, y se llevó la mano a un bolsillo interior. Desplegó sobre la rodilla una cartera grande marrón, pescó dos billetes y los deslizó doblados a lo largo del asiento. La cartera regresó al bolsillo.

—Son tuyos —dijo muy serio—. No durarás ni veinticuatro horas si no te agarras al cable.

Cogí los billetes. Dos de quinientos. Me los metí en el chaleco.

—Vale —dije—. Así que ahora ya no seguiré siendo legal, ¿no es cierto?

—Piénsatelo, detective.

Nos sonreímos mutuamente, un par de chicos simpáticos que se caen bien en un mundo áspero y nada amistoso. Luego Ojos Rojos giró la cabeza de golpe.

—Está bien, Louie. Olvídate de lo de Mulholland. Para aquí.

El coche estaba en mitad de un largo tramo de curvas que subían la colina desolada. Las cortinas de lluvia gris arrollaban por la pendiente. No había techo, ni horizonte. Veía a trescientos metros, pero no veía nada vivo fuera de nuestro coche.

El conductor se acercó al borde del talud y apagó el motor. Encendió un cigarrillo y pasó un brazo por el respaldo del asiento.

Me sonrió. Tenía una sonrisa agradable, como la de un caimán.

—Beberemos algo para celebrarlo —dijo Ojos Rojos—. Me gustaría poder ganarme uno de los grandes así de fácil. Solo por atarme la nariz a la barbilla.

—Tú no tienes barbilla —le dijo Louie sin quitar la sonrisa.

Ojos Rojos dejó el Colt sobre el asiento y se sacó una petaca pequeña del bolsillo lateral. Parecía material de primera, sello verde, embotellado en depósito. Desenroscó el tapón con los dientes, olfateó el licor y chasqueó los labios.

—Aquí no hay garrafa —dijo—. Es selección de la compañía. Échale un tiento.

Se inclinó sobre el asiento y me alargó la botella. Podría haberle cogido de la muñeca, pero estaba Louie y mi tobillo estaba demasiado lejos. Aspiré levemente desde la parte superior de los pulmones, mantuve la botella cerca de los labios y la olí con atención. Detrás del aroma requemado del bourbon había algo más, un ligerísimo olor a fruta que en cualquier otro sitio no me hubiera dicho nada. De repente, y sin razón alguna, me acordé de algo que había dicho Larry Batzel, algo como: «Al este de Realito, hacia las montañas, cerca de la antigua planta de cianuro». Cianuro. Esa era la palabra.

Noté una rápida tensión en las sienes al llevarme la botella a la boca. Sentía que se me arrugaba la piel y notaba el aire súbitamente frío. Sostuve la botella en alto a la altura del licor y le di un largo trago haciendo ruido. A conciencia y relajante. En mi boca entró más o menos media cucharilla pero ni una gota se quedó dentro.

Tosí con fuerza y me eché hacia delante como si me atragantara. Ojos Rojos se rió.

—No me digas que te has mareado solo con un trago, compadre.

Dejé caer la botella y me agaché todavía más sobre el asiento tosiendo violentamente. Deslicé las piernas hacia la izquierda, puse la izquierda debajo. Me derrumbé encima de ellas, con los brazos inertes. Ya tenía la pistola.

Disparé por debajo del brazo izquierdo. Casi sin mirar. No llegó a tocar el Colt salvo para hacerlo caer del asiento. Aquel tiro bastó. Lo oí dar una sacudida. Solté otro tiro hacia arriba, hacia donde tenía que estar Louie.

Pero Louie no estaba allí. Se había escondido tras el respaldo del asiento. Estaba callado. Todo el coche, todo el paisaje estaba en silencio. Hasta la lluvia pareció quedarse totalmente en silencio por un momento.

Seguía sin tener tiempo de mirar a Ojos Rojos, pero no estaba haciendo nada. Dejé caer la Luger y arranqué la Thompson de debajo de la alfombra, coloqué la mano izquierda en la empuñadura delantera, sujeté el arma contra el hombro, mirando hacia abajo. Louie no había hecho el menor ruido.

—Escucha, Louie —dije con voz suave—. Tengo aquí a la tartamuda. ¿Qué te parece?

Un disparo atravesó el asiento. Un disparo que Louie sabía que no serviría de nada. Abrió unas aristas en el cristal irrompible. Más silencio. Louie dijo con voz espesa:

—Pues yo tengo aquí una piña. ¿La quieres?

—Tira de la anilla y sujétala en la mano —dije—. Se ocupará de los dos a la vez.

—¡Demonios! —dijo Louie con violencia—. ¿La ha diñado? No tengo ninguna piña.

Entonces miré a Ojos Rojos. Se le veía muy cómodo en el rincón del asiento, recostado hacia atrás. Parecía que tenía tres ojos, uno todavía más rojo que los otros dos. Para un tiro por debajo del brazo era algo de lo que se podía estar orgulloso. Más que bueno.

—Sí, Louie, la ha diñado —dije—. ¿Cómo nos ponemos de acuerdo?

Ahora oía su fuerte respiración y la lluvia había dejado de ser silenciosa.

—Bájate del trasto este y yo me largo volando —gruñó.

—Te bajas tú, Louie. Y yo salgo volando.

—¡Jesús! ¡No puedo irme a casa andando desde aquí, compadre!

—No hará falta, Louie. Mandaré un coche a buscarte.

—Jesús, yo no he hecho nada. Lo único que he hecho ha sido conducir.

—Entonces te acusaremos solo de conducción temeraria. Eso podéis arreglarlo entre tú y tu organización, Louie. Bájate antes de que le quite el corcho al juguetito.

El cierre de una puerta hizo clic y unos pies golpearon sobre el estribo con un ruido sordo y después sobre el asfalto. Me enderecé de repente, metralleta en mano. Louie estaba en la carretera bajo la lluvia, las manos vacías y la sonrisa de caimán todavía en la cara.

Salí del coche por encima de los pies cuidadosamente calzados del muerto, recogí el Colt y la Luger del suelo y volví a dejar los seis kilos de la pesada metralleta en el suelo del coche. Saqué las esposas del cinturón y fui hasta Louie. Se dio la vuelta con cara hosca y puso las manos en la espalda.

—No tienen nada contra mí —se quejó—. Tengo protección.

Cerré las esposas y lo cacheé buscando armas, con mucho más cuidado de lo que él lo había hecho conmigo. Tenía una aparte de la que había dejado en el coche. Arrastré a Ojos Rojos fuera del coche y lo dejé para que se las arreglara por su cuenta en la carretera mojada. Empezó a sangrar otra vez, pero estaba bien muerto. Louie lo miró con amargura.

—Era muy listo —dijo—. Distinto. Le gustaban los trucos. Hola, chico listo.

Saqué la llave de las esposas y abrí una de ellas, lo arrastré un poco y la enganché a la muñeca del muerto. A Louie se le pusieron los ojos redondos y horrorizados, y por fin desapareció su sonrisa.

—Jesús —gimió—. ¡Santo...! ¡Jesús! ¡No irás a dejarme así, compadre!

—Adiós, Louie —dije—. El que despachaste esta mañana era amigo mío.

—¡Santo...! —gimió Louie.

Me metí en el sedán y lo puse en marcha, fui hasta un sitio donde pudiera dar la vuelta y arranqué colina abajo dejándolo allí. Estaba de pie tan tieso como un árbol carbonizado, la cara blanca como la nieve, con el muerto a sus pies con una mano encadenada alzada hasta la mano de Louie. En sus ojos se adivinaba el horror de mil pesadillas.

Lo dejé allí bajo la lluvia.

Empezó a oscurecer temprano. Dejé el coche a un par de manzanas del mío y lo cerré, puse las llaves en el filtro del aceite. Anduve hasta mi descapotable y me fui hacia el centro.

Llamé a la brigada de Homicidios desde una cabina, pregunté por Grinnell, le dije rápidamente lo que había pasado y dónde encontrar a Louie y el sedán. Le dije que pensaba que eran los matones que habían ametrallado a Larry Batzel. No le dije nada de Dud O'Mara.

—Buen trabajo —dijo Grinnell con voz rara—. Pero será mejor que vengas rápidamente. Hay una orden de búsqueda contra ti, es a cuenta de lo que ha contado un lechero que llamó hará una hora.

—Enterado —dije—. Pero tengo que comer. No levantes la liebre, pasaré por ahí dentro de un rato.

—Será mejor que vengas ya, muchacho. Lo siento, pero será lo mejor.

—Bueno, vale —dije.

Colgué y me fui del barrio sin perder tiempo. Tenía que desaparecer ya. O lo hacía, o me desaparecían a mí.

Comí algo cerca del Plaza y salí para Realito.

## VI

Hacia las ocho, dos lámparas amarillas relucían en lo alto bajo la lluvia y un cartel rotulado y en penumbra que colgaba sobre la carretera decía: «Bienvenidos a Realito».

Casas de madera en la calle principal, un núcleo de tiendas arracimadas, las luces de la tienda de la esquina detrás del vidrio empañado, un grupo de coches delante de una sala de cine minúscula y un banco en otra esquina con un puñado de personas delante bajo la lluvia. Eso era Realito. Continué. Otra vez los campos baldíos.

Aquello estaba ya pasados los terrenos de naranjos; nada más que campos baldíos y colinas agazapadas, y la lluvia.

Recorrí una buena milla, que más parecían tres, antes de descubrir una carreterita secundaria y una débil luz en ella como si procediera de los postigos cerrados de una casa. Justo en ese momento el neumático delantero de la izquierda reventó con un silbido rabioso. Estupendo. Entonces, a la derecha de atrás le pasó lo mismo.

Me paré casi exactamente en el cruce. Estupendo, en efecto. Me bajé, me subí un poco más la gabardina, saqué una linterna e iluminé un montón de tachuelas de hierro galvanizado con cabezas grandes como monedas de a diez. El extremo plano y brillante de una de ellas me guiñaba desde la rueda. Dos pinchadas y una de repuesto. Bajé la barbilla y arranqué en dirección a la lucecita de la carretera secundaria.

Aquel era el sitio, sin duda. La luz venía de una claraboya inclinada en el techo del garaje. Había una doble puerta grande en la fachada cerrada con firmeza, pero por las rendijas se veía luz, una fuerte luz blanca. Dirigí hacia arriba el haz de la linterna y leí: «Art Huck Auto, reparaciones y acabados».

Pasado el garaje había una casa apartada de la carretera embarrada, detrás de un puñado de árboles poco tupidos. Allí también había luces. Vi un pequeño cupé con la capota subida delante del porche de madera.

Lo primero eran los neumáticos, si se podían arreglar, y aquella gente no me conocía. Era una noche con mucha agua como para caminar.

Con la luz de la linterna iluminé las puertas de arriba abajo. La luz de dentro se apagó. Me quedé allí de pie chupándome la lluvia del labio de arriba, la linterna en la mano izquierda, la derecha dentro de la chaqueta. Volvía a tener la Luger en la sobaquera.

Una voz habló a través de la puerta, y no sonaba muy contenta.

—¿Qué quiere usted? ¿Quién es?

—Abra —dije—. Tengo dos ruedas pinchadas en la carretera y solo una de repuesto.

Necesito ayuda.

—Ya hemos cerrado, jefe. Realito está a una milla al oeste.

Empecé a dar patadas a la puerta. Dentro se oyeron tacos y luego otra voz mucho más suave.

—Un listillo, ¿eh? Abre, Art.

Se oyó correr un cerrojo y media puerta se abrió hacia dentro. Enfoqué otra vez la linterna e iluminé una cara huesuda.

Entonces se disparó un brazo y me la arrebató de la mano. Una pistola me apuntó desde la mano que se agitaba.

Me agaché, palpé en busca de la linterna y me quedé quieto. No saqué el arma.

—No mueva ni un pelo, jefe. Que así la gente se hace daño.

La linterna estaba encendida sobre el barro. La agarré, me puse en pie. En el interior del garaje se encendió una luz que descubrió la silueta de un hombre alto con un mono. Dio un paso hacia dentro con la pistola contra mí.

—Pase dentro y cierre la puerta.

Lo hice.

—Está todo lleno de tachuelas en su calle —dije—. Creí que quería hacer negocio.

—¿Es que no tiene usted sentido común? Esta tarde se pelaron un banco en Realito.

—Soy forastero —dije, recordando el grupito de gente delante del banco bajo la lluvia.

—De acuerdo. Bueno, pues lo pelaron, y los ladrones se han escondido por estos montes, según dicen. Así que usted ha pisado sus tachuelas, ¿eh?

—Eso parece. —Miré al otro hombre que había en el garaje.

Era bajo, macizo, con la cara morena y fría y los ojos morenos y fríos también. Llevaba una gabardina de cuero marrón con el cinturón atado. El sombrero marrón tenía la inclinación habitual de los hampones y estaba seco. Tenía las manos en los bolsillos y cara de fastidio.

En el aire había un olor caliente y dulzón a pintura anticorrosión. En un rincón, un sedán grande tenía sobre el guardabarros una pistola de pintar. Era un Buick, casi nuevo. No necesitaba la pintura que le estaban dando.

El hombre del mono quitó la pistola de la vista metiéndola por una abertura en el lateral de la ropa. Miró al moreno. El moreno me miró a mí y dijo en tono amable:

—¿De dónde es usted, forastero?

—De Seattle —dije.

—¿Qué vamos, al oeste, a la gran ciudad?

Tenía una voz suave, suave y seca, como el crujir del cuero muy gastado.

—Sí. ¿A qué distancia está?

—Unos sesenta kilómetros. Con este tiempo parece más. Ha venido por el camino más largo, ¿no? ¿Por Tahoe y Lone Pine?

—Por Tahoe, no —dije—. Por Reno y Carson City.

—Sigue siendo el camino más largo. —Una sonrisa fugaz rozó los labios morenos.

—Coge un gato y arréglale los neumáticos, Art.

—Vamos, Lash, escucha... —gruñó el hombre del mono y se paró como si le hubieran dado un tajo en la garganta de oreja a oreja.

Hubiera jurado que temblaba. Hubo un silencio de muerte. El moreno no movió ni un músculo. Algo asomaba en sus ojos, y luego los bajó, casi con timidez. Su voz sonó con el mismo crujido suave y seco.

—Coge dos gatos, Art. Tiene dos pinchazos.

El de la cara huesuda tragó saliva. Luego se fue a un rincón y se puso un abrigo y una gorra. Cogió una llave de tubo y un gato manual y uno pesado de ruedas y lo llevó hasta la puerta.

—En la carretera, ¿no? —me preguntó casi con ternura.

—Sí. Puede usar la de repuesto para uno, si está muy ocupado —dije.

—No está ocupado —dijo el moreno mirándose las uñas.

Art salió con sus herramientas. La puerta se cerró de nuevo. Miré el Buick. No miré a Lash Yeager. Sabía que era Lash Yeager. No podía haber dos hombres que se llamaran Lash y fueran a ese garaje. No lo miré porque sería como mirar por encima del cuerpo descoyuntado de Larry Batzel y eso se me vería en la cara. Por lo menos durante un instante.

Él también miró el Buick.

—Solo un trabajillo de chapa para empezar —dijo arrastrando la voz—. Pero el dueño tiene pasta y el chófer necesitaba unos pavos. Ya conoce el negocio.

—Claro —dije.

Los minutos pasaban de puntillas. Minutos largos, demorados. Luego se oyó el crepitar de unos pies afuera y se abrió la puerta. La luz golpeaba sobre los haces de lluvia y los convertía en alambres de plata. Art entró con cara hosca

arrastrando dos ruedas pinchadas llenas de barro, cerró la puerta de una patada y soltó una de las ruedas, que cayó de lado. La lluvia y el aire fresco le habían devuelto el valor. Me miró rabioso.

—Seattle —rugió—. Seattle, y un pimiento.

El moreno encendió un cigarrillo como si no hubiera oído nada. Art se despojó del abrigo y lanzó mi rueda sobre un desmontador, soltó el neumático muy cabreado, sacó la cámara y puso un parche en frío en un momento. Vino andando con el ceño fruncido hasta la pared junto a la que estaba yo, agarró una manguera de aire, metió aire suficiente en la cámara para darle cuerpo y la removió entre las dos manos y la metió en una pila con agua. Yo era un engorro, pero su trabajo de equipo era magnífico. Ninguno de los dos se miraron desde que Art volvió con mis ruedas.

Art lanzó al aire la cámara ya hinchada como sin querer, la cogió con las dos manos abiertas, la observó con cara hosca en la pila de agua, dio un paso corto a un lado y me la enjaretó haciéndola pasar por la cabeza y los hombros.

Saltó tras de mí como un relámpago, apoyando su peso en la goma, la hizo bajar apretándome el pecho y los brazos. Podía mover las manos, pero no podía acercarlas a mi pistola. El moreno sacó la mano derecha del bolsillo y se puso a lanzar al aire un tubo de monedas en la palma de la mano mientras cruzaba la habitación con agilidad.

Me eché para atrás con fuerza y luego me lancé de golpe con todo mi peso hacia delante. Con la misma rapidez Art soltó la goma y me puso la rodilla en la espalda.

Caí despatarrado, pero no llegué a saber cuándo me di contra el suelo. El puño con el tubo de monedas me alcanzó a media caída. Perfectamente cronometrado, perfectamente compensado, y con todo mi peso añadido.

Desaparecí como un soplo de polvo en una corriente.

## VII

Al parecer allí había una mujer, y estaba sentada junto a una lámpara. La luz me daba en la cara, de manera que cerré otra vez los ojos y traté de mirarla a través de las pestañas. Iba tan de platino que la cabeza le brillaba como un frutero de plata.

Llevaba un vestido de viaje verde de corte hombruno y un cuello blanco ancho que caía sobre las solapas. A sus pies tenía un bolso brillante de ángulos rectos. Fumaba y tenía al lado un vaso alto con una bebida clara. Abrí un poco más el ojo.

—Hola, quien sea —dije.

Sus ojos eran los ojos que recordaba de delante de Sardi's en un Rolls Royce de segunda mano. Unos ojos muy azules, muy dulces y encantadores. No los ojos de una buscona merodeando entre los chicos de dinero rápido.

—¿Cómo se encuentra? —La voz también era dulce y encantadora.

—Genial —dije—. Salvo porque alguien me montó una estación de repuesto en la mandíbula.

—¿Y qué se esperaba, señor Carmady? ¿Orquídeas?

—Así que sabe cómo me llamo.

—Durmió usted bien. Tuvieron todo el tiempo del mundo para registrarle los bolsillos. Hicieron de todo menos embalsamarlo.

—Claro —dije.

Podía moverme un poco pero no mucho. Tenía las muñecas a la espalda, esposadas. En eso había una cierta justicia poética. Desde las esposas bajaba una cuerda hasta los tobillos atados, y



luego desaparecía de la vista hacia el final del sofá, donde estaba atada en algún sitio. Me encontraba casi tan indefenso como si me hubieran encerrado en un ataúd.

—¿Qué hora es?

Eché una mirada a la muñeca entre las espirales de humo del cigarrillo.

—Las diez y diecisiete. ¿Tiene una cita?

—¿Esta es la casa de al lado del garaje? ¿Y los chicos, cavando una fosa?

—No se preocupe, Carmady. Volverán.

—A no ser que tenga usted la llave de estas pulseras bien podría reservarme un poco de esa copa.

Se levantó y se me acercó con el vaso alto de color ámbar en la mano. Se inclinó sobre mí. Tenía un aliento delicado. Bebí del vaso levantando el cuello como una grulla.

—Espero que no le hayan hecho daño —dijo, distante, volviendo atrás—. Odio los asesinatos.

—Y eso que es la esposa de Joe Mesarvey. Qué vergüenza. Deme un poco más de esa peste.

Me dio un poco más. La sangre empezó a movérseme en el cuerpo entumecido.

—Creo que me gusta —dijo—. Aunque tenga la cara hecha un palletete.

—Pues aprovéchelo —dije—. No durará mucho ni así de mal.

Miró alrededor con rapidez y pareció quedarse escuchando. Una de las dos puertas estaba entreabierta. Miró hacia allí. Tenía la cara pálida. Pero lo único que sonaba era la lluvia.

Se sentó otra vez junto a la lámpara.

—¿Por qué ha venido usted aquí a meter las narices? —preguntó lentamente mirando al suelo.

La moqueta era de cuadros rojos y castaños. Había pinos de color verde brillante en el papel pintado y las cortinas eran azules. Los muebles, o los que yo podía ver, parecía que vinieran de uno de esos sitios que se anuncian en las paradas de autobús.

—Tenía una rosa para usted —dije—. De Larry Batzel. Levantó algo de encima de la mesa y le dio vueltas despacio, era la rosa enana que él me había dejado para ella.

—La tengo —dijo con calma—. Había una nota pero no me la enseñaron. ¿Era para mí?

—No, para mí. La dejó en mi mesa antes de salir y que lo mataran.

La cara se le desmoronó como si estuviéramos en una pesadilla. La boca y los ojos se convirtieron en huecos negros. No emitió ni un sonido. Y al cabo de un momento se le recuperó y volvió a tener las mismas líneas tranquilas y hermosas.

—Eso tampoco me lo dijeron —dijo en voz baja.

—Le pegaron un tiro —dije con cuidado—, porque descubrió lo que Joe y Lash Yeager le hicieron a Dud O'Mara. Se lo cargaron.

Ante esa ya no se inmutó.

—Joe no le hizo nada a Dud O'Mara —dijo con calma—. Hace dos años que no veía a Dud. Lo de que nos veíamos no eran más que habladurías de la prensa.

—No salió en la prensa —dije yo.

—Bueno, eran habladurías fuera como fuese. Joe está en Chicago. Se fue ayer en avión para venderlo todo. Si el negocio sale, Lash y yo iremos también. Joe no es un asesino. Me la quedé mirando. En sus ojos volvió a aparecer la inquietud.

—¿Es que Larry... está...? —preguntó.

—Está muerto —dije—. Fue un trabajo profesional, con una metralleta. No quería decir que lo hiciera él en persona.

Se cogió el labio y lo mantuvo un momento apretado entre los dientes. Podía oírse su respiración, lenta, fuerte. Aplastó el cigarrillo en un cenicero y se puso de pie.

—¡Joe no lo hizo! —tronó—. Sé perfectamente que no lo hizo, puñeta. Él...

Se paró en seco, me lanzó una mirada, se acarició el cabello, luego se lo arrancó de golpe. Era una peluca. Debajo llevaba el pelo corto como el de un muchacho, y con reflejos amarillos y castaño blanquecino, con un tono más oscuro en las raíces. No lograba hacerla fea.

Conseguí soltar una especie de risa.

—Y vino aquí solo para la muda —dije—, ¿verdad, peluca de plata? Y yo que creía que la estaban escondiendo, para que pareciera que se había fugado con Dud O'Mara.

Seguía mirándome fijamente. Como si no hubiera oído ni una palabra de lo que acababa de decir. Luego fue andando hasta un espejo de la pared y volvió a ponerse la peluca, la enderezó bien, dio media vuelta y se me encaró.

—Joe no mató a nadie —dijo otra vez con una voz grave y tensa—. Es un canalla, pero no de esa clase de canallas. Sabe adonde puede haberse ido Dud O'Mara tanto como yo. Y yo no sé nada.

—O sea que simplemente se cansó de la ricachona y se dio el piro —dije con voz floja.

Estaba ya de pie junto a mí, con los dedos blancos en los costados, brillando a la luz de la lámpara. Encima de mí su cabeza quedaba en sombra. La lluvia tamborileaba; notaba la barbilla hinchada y caliente, y el hueso de la mandíbula me dolía endemoniadamente.

—Lash tiene el único coche que hay aquí —dijo con voz suave—. ¿Podría llegar andando a Realito si le corto las cuerdas?

—Desde luego. ¿Y después, qué?

—Nunca he estado mezclada en un asesinato. Ni lo estaré ahora. Ni nunca.

Cruzó la habitación muy deprisa y volvió con un gran cuchillo de cocina y aserró la cuerda que me ataba los tobillos, la arrancó y la cortó por el sitio en que estaba atada a las esposas. Se paró una vez para escuchar, pero era solo la lluvia.

Rodé hasta lograr sentarme y me puse de pie. Tenía los pies entumecidos, pero ya se me pasaría. Podía andar. Podía correr si era necesario.

—Lash tiene la llave de las esposas —dijo con voz floja.

—Vamos —dije—. ¿Tiene un arma?

—No. Yo no voy. Lárguese usted. Puede volver en cualquier momento. Solo iban a llevarse unas cosas del garaje.

Me acerqué a ella.

—¿Se va a quedar aquí después de haberme soltado? ¿A esperar a ese asesino? Está chiflada. Vamos, peluca de plata, usted se viene conmigo.

—No.

—Suponga —dije—, que él matara a O'Mara. Y que luego matara también a Larry. Tiene que haber sido así.

—Joe nunca ha matado a nadie —casi me rugió.

—Bueno, pues suponga que lo hizo Yeager.

—Está usted mintiendo, Carmady. Solo para asustarme. Lárguese. No tengo miedo a Lash Yeager. Soy la esposa de su patrón.

—Es un blandengue —le rugí de vuelta—. Una chica como usted solo se decidiría por el hombre equivocado si no es más que un blandengue. Salgamos volando.

—¡Lárguese! —gritó.

—Muy bien —Me aparté de ella y salí por la puerta. Ella me adelantó por el pasillo casi corriendo y abrió la puerta de la calle y miró la oscuridad y el agua. Me hizo un gesto para que saliera.

—Adiós —susurró—. Espero que encuentre a Dud. Espero que descubra quién mató a Larry. Pero no fue Joe.

Di un paso, me puse a su lado, casi la empujé contra la pared con el cuerpo.

—Sigue estando loca, peluca de plata. Adiós.

Alzó las manos rápidamente y me las puso en la cara. Manos frías, frías como el hielo. Me besó fugazmente en la boca con sus fríos labios.

—Ánimo, fortachón. Volveré a verte. Tal vez en el cielo.

Salí por la puerta y bajé los escalones de madera del porche, resbaladizos y oscuros, crucé sobre la gravilla hasta el trozo de hierba redondo y el puñado de árboles escuálidos. Pasé junto a ellos, llegué a la carretera, fui por ella en dirección al bulevar Foothill. La lluvia me acariciaba la cara con dedos de hielo no más fríos que los de ella.

El descapotable con capota seguía justo donde lo había dejado, inclinado, el eje delantero izquierdo apoyado en el borde asfaltado de la carretera. La rueda de repuesto y un aro desnudo estaban tirados en la cuneta.

Probablemente lo hubieran registrado, pero aún así albergaba cierta esperanza. Me arrastré hacia atrás y me golpeé la cabeza contra el volante; conseguí rodar para meter las manos esposadas en el pequeño compartimento secreto para la pistola. Toqué el cañón. Seguía allí.

La saqué, me saqué a mí mismo del coche, agarré la pistola por el extremo correcto y la miré.

La apreté fuerte contra la espalda para protegerla un poco de la lluvia y eché a andar de vuelta a la casa.

## VIII

Estaba a medio camino cuando volvió. Cuando sus luces giraron a toda velocidad para salir de la carretera casi me pillan. Me lancé a la cuneta, aplasté la nariz contra el barro y recé.

El coche pasó zumbando. Oí el raspar en mojado de los neumáticos al subirse a la gravilla delante de la casa. El motor se calló y las luces se apagaron. Un portazo. No oí cerrarse la puerta de la casa, pero pesqué un débil rayito de luz entre los árboles cuando la abrió.

Me puse de pie y seguí adelante. Llegué junto al coche, un cupé pequeño, bastante viejo. La pistola la tenía a un lado, la sostenía en la cintura tan lejos como me permitían las esposas.

El cupé estaba vacío. El agua del radiador borboteaba. Escuché y no oí nada en la casa. Ni voces fuertes, ni disputas. Solo el fuerte bong bong bong de las gotas de lluvia golpeando contra los codos en el fondo de los sumideros.

Yeager estaba en la casa. La chica me había dejado marchar y Yeager estaba dentro con ella. Probablemente no iba a decirle nada, solo se quedaría allí y la miraría. Era la mujer de su jefe. Eso a Yeager le daría un miedo mortal. No se quedaría mucho tiempo, pero tampoco la dejaría a ella atrás, ni viva ni muerta. Se largaría de allí y se la llevaría con él. Lo que le pasase a ella después era otra cuestión.

Todo lo que yo tenía que hacer era esperar a que saliera. Pero no lo hice.

Me cambié la pistola a la mano izquierda y me agaché para recoger un poco de gravilla. Tiré las piedrecitas contra la ventana de delante. Fue un esfuerzo bastante inútil. Muy pocas llegaron a alcanzar el cristal.

Fui corriendo a ponerme detrás del cupé y abrí la puerta y vi las llaves en el contacto. Me acurruqué sobre el estribo sujetándome al marco de la puerta.

La casa ya se había quedado a oscuras, pero eso era todo. No se oía ningún sonido. No había manera. Yeager era demasiado cauto.

Alargué el pie y encontré el pedal de arranque, luego probé con una mano para girar la llave de contacto. El motor caliente arrancó de inmediato y ronroneó suavemente bajo la gruesa lluvia.

Volví al suelo y me deslicé a lo largo del coche por detrás, agachado. El sonido del motor lo alertó. No podía quedarse allí sin coche.

Una ventana a oscuras se entreabrió una pulgada y solo un cierto cambio de la luz sobre el cristal indicó que se había movido. De allí salió escupido el fuego de una ráfaga de tres disparos rápidos. En el cupé se rompieron cristales.

Lancé un grito y dejé que el grito muriera en un gemido entrecortado. Me estaba volviendo muy bueno para esas cosas. Dejé que el gemido muriera en medio de una boqueada ahogada. Liquidado, listo. Me había dado. Buen disparo, Yeager.

Dentro de la casa sonó una risa de hombre. Luego otra vez el silencio, salvo por la lluvia y el pacífico latir del motor del cupé.

Entonces la puerta de la casa se abrió poco a poco. Apareció una figura. La chica salía al porche, muy tiesa, con el blanco del cuello visible, la peluca mostrándose un poco pero no demasiado. Bajó los escalones como una mujer de madera. Vi a Yeager agazapado detrás de ella.

Empezó a cruzar la gravilla. Su voz dijo lentamente, sin ningún tono:

—No veo nada, Lash. Las ventanillas están todas empañadas.

Dio un saltito como si la hubiera empujado un arma, y continuó. Yeager siguió mudo. Ahora lo veía detrás del hombro de ella, veía su sombrero, parte de su cara. Pero no era un tiro que pudiera hacer un hombre con esposas en las muñecas.

La chica volvió a detenerse, y de pronto su voz sonó horrorizada.

—¡Está detrás del volante! —chilló—. ¡Desplomado!

Picó. La empujó a un lado y empezó a disparar otra vez. Saltaron más cristales. Una bala dio contra un árbol por mi lado del coche. Un grillo cantó en algún sitio. El motor seguía roncando como si tal cosa.

Yeager estaba agachado, agazapado en la oscuridad, su cara era algo gris, sin forma, y parecía regresar muy despacio después del resplandor de los disparos. Su propio fuego lo había cegado a él también, durante un segundo. Bastaba.

Disparé cuatro veces, aguantando contra las costillas el Colt y sus retrocesos.

Él intentó girarse y el arma se le cayó de la mano. Casi la pilla en el aire, antes de llevarse de golpe ambas manos al estómago y dejarlas allí. Se sentó en la gravilla mojada y su jadeo áspero dominaba sobre cualquier otro sonido en la noche mojada.

Lo vi tumbarse sobre un costado, muy lentamente, sin apartar las manos del estómago. Los jadeos cesaron.

Me pareció que pasaba un siglo hasta que Peluca de Plata me llamó. Luego se puso a mi lado y me asió del brazo.

—¡Apaga el motor! —le grité—. Y búscale en el bolsillo la llave de estos malditos hierros.

—Eres un puñetero idiota —farfulló—. ¿Para qué has vuelto?

## IX

El capitán Al Roof de la Oficina de Personas Desaparecidas hizo girar la silla y miró por la ventana soleada. Ya era otro día y la lluvia hacía mucho que había parado.

—Estás cometiendo un montón de equivocaciones, hermano —dijo con brusquedad—. Dud O'Mara solo se ha quitado de en medio. Ninguno de esos se lo ha cargado. Y la muerte de Batzel no tuvo nada que ver con ello. Han cogido a Mesarvey en Chicago y al parecer está limpio. El judío que dejaste amarrado al muerto ni siquiera sabe para quién hacían el trabajo. Nuestros muchachos le preguntaron lo bastante como para saberlo seguro.

—Apuesto a que sí —dije—. Yo llevo en las mismas toda la noche y tampoco he podido contarles mucho más.

Me miró con calma, con ojos grandes, desamparados, cansados.

—Lo de matar a Yeager estuvo bien, supongo. Y la metralleta. Dadas las circunstancias. Además, yo no soy de Homicidios. No podría relacionar nada de eso con O'Mara..., a no ser que puedas tú.

Podía, pero no lo había hecho. Todavía no.

—No, supongo que no —dije, y encendí la pipa. Después de una noche sin dormir sabía mejor.

—¿Y eso es todo lo que te preocupa?

—Me preguntaba cómo es que no encontrasteis a la chica en Realito. No podía ser demasiado difícil para vosotros.

—Pues no la encontramos. Deberíamos. Lo admito. Pero no lo hicimos. ¿Algo más?

Eché el humo a través de su mesa.

—Estoy buscando a O'Mara —dije— porque el general me lo pidió. No tenía ninguna utilidad decirle que vosotros haríais cuanto pudierais. Él se puede permitir poner a un hombre en el asunto a tiempo completo. Supongo que eso os sienta mal.

No pareció divertirse.

—En absoluto, si quiere tirar su dinero... Las personas a las que tú les caes mal son los que están detrás de una puerta que dice Oficina de Homicidios.

Plantó el pie en el suelo de golpe y apoyó los codos en la mesa.

—O'Mara llevaba quince de los grandes en la ropa. Es un montón de parné, pero O'Mara es de esos que lo llevan. Así que decidió sacarlo y que sus viejos compadres lo vieran con eso encima. Solo que no se creyeron que fueran quince mil de verdad. Su mujer dice que sí que lo eran. Con cualquier otra persona que no fuera un ex contrabandista eso indicaría intención de desaparecer. Pero no con O'Mara. Siempre llevaba encima.

Mordió un cigarro y le aplicó un fósforo. Agitó un dedo grandote en el aire.

—¿Entiendes?

Asentí.

—Bien. O'Mara llevaba quince de los grandes y alguien que se quita de en medio solo puede estar perdido mientras le dure el fajo. Quince de los grandes son un buen fajo. Si yo tuviera esa cantidad, puede que desapareciera también. Pero en cuanto se le acabe, lo pescaremos. Si cobra un cheque, deja cualquier marcador, pide crédito en un hotel o una tienda, deja una referencia, escribe o recibe una carta. Está en una ciudad nueva y tiene un nombre nuevo, pero seguro que tiene los mismos apetitos de siempre. Tiene que entrar en el sistema fiscal de un modo u otro. Uno no puede

tener amistades en todas partes, y si las tuviera, no puede quedarse con el pico cerrado para siempre. ¿No?

—No, no creo —dije.

—Se fue lejos —continuó Roof—. Pero esos quince mil fueron toda la preparación que hizo. Ni equipaje, ni reserva de barco o de tren o de avión, ni taxi ni coche de alquiler hasta ningún sitio fuera de la ciudad. Todo eso lo hemos mirado. Encontraron su coche a doce manzanas de donde vivía. Pero eso no quiere decir nada. Conocía gente que lo podría llevar a varios cientos de kilómetros y tener la boca cerrada, incluso frente a una recompensa. Aquí, pero no en todas partes. No los amigos nuevos.

—Pero lo pescaréis —dije.

—Cuando le entre hambre.

—Eso puede llevar uno o dos años. Puede que el general Winslow no viva ni un año. Es una cuestión de sentimientos, no de que quede un expediente abierto cuando te retires.

—Tú te ocupas de los sentimientos, hermano. —Movié los ojos y aquellas cejas rojas hirsutas se movieron con ellos.

Yo no le gustaba. Ese día no le gustaba a nadie en el departamento de policía.

—Eso querría —dije, y me levanté—. Igual me voy bastante lejos para ocuparme de ese sentimiento.

—Seguro que sí —dijo Roof súbitamente pensativo—. Bueno, Winslow es un gran hombre. Si hay algo que pueda hacer, házmelo saber.

—Podrías descubrir quién ametralló a Larry Batzel —dije—. Aunque no haya ninguna conexión.

—Eso lo haremos. Y contentos. —Soltó una risotada y se le cayó toda la ceniza sobre la mesa—. Tú límitate a cargarte a los que pueden cantar, que nosotros haremos el resto. Nos gusta trabajar de esa forma.

—Fue en defensa propia —gruñí—. No pude evitarlo.

—Seguro que sí. Date el piro, hermano. Tengo trabajo.

Pero sus grandes ojos desamparados me hicieron un guiño cuando me iba.

## X

La mañana era toda de oro y azul, y tras la lluvia, los pájaros de los árboles ornamentales de la finca de los Winslow cantaban como locos.

El portero me hizo entrar por la portilla y subí caminando por el camino de entrada y a lo largo de la terraza de arriba hasta la enorme puerta de entrada labrada. Antes de llamar al timbre miré colina abajo y vi al niño Trevillyan sentado en su banco de piedra con la cabeza entre las manos mirando al vacío.

Bajé el camino de ladrillos hasta su lado.

—¿Hoy no hay dardos, hijo?

Levantó la vista y me miró con sus ojos finos y hoscos de color gris pizarra.

—No. ¿Lo encontró?

—¿A tu padre? No, hijito, todavía no.

Movié la cabeza con fuerza. Las ventanas de la nariz se le abrieron de enfado.

—No es mi padre, ya se lo dije. Y no hable conmigo como si tuviera cuatro años. Mi padre está..., está en Florida o en alguna parte.

—Bueno, pues todavía no lo he encontrado, sea el padre de quien sea —dije.

—¿Quién le pegó en la barbilla? —preguntó mirándome.

—Uno con un rollo de monedas en la mano.

—¿Monedas?

—Sí. Funciona tan bien como un puño americano. Pruébalo alguna vez, pero no conmigo. —

No lo encontrará —dijo, rabioso, mirándome la mandíbula—. A él, digo. Al marido de mi madre.

—Apostaría a que sí.

—¿Cuánto apostaría?

—Más dinero del que has llevado nunca en los pantalones.

Dio una patada malhumorado contra el borde de un ladrillo rojo del pavimento. La voz seguía sonando hosca, pero más dulcificada. Había especulación en sus ojos.

—¿Quiere que apostemos a otra cosa? Venga hasta la galería. Me apuesto un dólar a que puedo acertar a ocho de diez pipas de diez disparos.

Volví la vista hacia la casa. Nadie parecía impaciente por recibirme.

—Bueno —dije—, pero tendremos que hacerlo rápido. Vamos allá.

Fuimos a lo largo de la casa, bajo las ventanas. El invernadero de orquídeas aparecía por encima de las copas de algunos árboles frondosos allá a lo lejos. Un hombre con un guardapolvo bien cortado pulía los cromados de un coche grande delante de los garajes. Seguimos adelante hasta el bajo edificio blanco asentado contra la ladera.

El chico sacó una llave y abrió la puerta y entramos en un aire cerrado que todavía guardaba rastros de humo de pólvora. El crío apretó un cerrojo en la puerta.

—Yo primero —me espetó.

El lugar tenía el mismo aspecto que una pequeña barraca de tiro de playa. Había un mostrador con una carabina de repetición del veintidós encima y una pistola larga y estrecha de tiro al blanco. Ambas armas bien engrasadas pero con polvo. A unos diez metros del mostrador había un tabique a todo lo ancho del edificio con aspecto sólido, hasta la cintura de alto, y detrás de él un artefacto sencillo con pipas y patitos de arcilla y dos dianas blancas redondas con círculos negros pintados y marcas de balas de plomo.

Las pipas de arcilla se extendían en una línea uniforme por el centro, y había una gran luz cenital y una fila de luces con pantalla sobre nuestras cabezas.

El chico tiró de un cordón de la pared y una pantalla gruesa de lienzo se deslizó sobre la luz cenital. Encendió las lámparas de pantalla y entonces sí que aquello parecía una barraca de tiro de playa.

Cogió la carabina y la cargó con rapidez con munición del veintidós corto que tenía en una caja de cartón.

—Un dólar a que acierto ocho de diez pipas.

—Menos lobos —dije, y puse el dinero sobre el mostrador.

Apuntó casi con indiferencia, disparó demasiado deprisa, alardeando. Falló tres pipas. De todos modos era un tirador más que correcto. Lanzó el rifle sobre el mostrador.

—¡Carajo! Vaya a poner alguna más. Esta no contaba. No estaba listo.

—¿No te gusta perder dinero, eh, hijo? Ve a ponerlas tú.

La galería es tuya. La cara estrecha mostró enfado y la voz se le agudizó.

—¡Vaya usted! Yo tengo que relajarme, ya sabe. Tengo que relajarme.

Me encogí de hombros, alcé una trampilla del mostrador y caminé junto a la pared lateral encalada, me apreté para pasar por el extremo del tabique bajo. El crío recargó la carabina que sonó a mis espaldas.

—Baja eso —le gruñí—. Nunca toques un arma cuando hay alguien delante de ti.

La bajó, con cara de dolido.

Me agaché y agarré un puñado de pipas de arcilla que estaban entre el serrín de una gran caja de madera que había en el suelo. Les sacudí los granitos de madera amarilla que tenían y empecé a colocarlas. Me detuve con el sombrero asomando sobre la barrera, solo la parte superior de mi sombrero. No sé por qué me detuve allí. Instinto ciego.

La veintidós ladró y la bala de plomo se incrustó en el blanco que tenía delante de la cabeza. El sombrero se me agitó ligeramente sobre la cabeza como si un mirlo le arrancara una brizna para hacer su nido.

Un niño encantador. Lleno de truquitos, como Ojos Rojos. Solté las pipas y sujeté el sombrero por el ala, lo levanté unos pocos centímetros justo en línea con mi cabeza. El arma volvió a sonar. El blanco emitió otro bong metálico. Me dejé caer pesadamente sobre el suelo de madera entre las pipas. Una puerta se abrió y se cerró. Eso fue todo. Nada más. El resplandor duro de las lámparas caía sobre mí. El sol penetraba por los bordes del telón de la claraboya. En el blanco más próximo había dos nuevas marcas flamantes, y cuatro agujeritos en mi sombrero, dos y dos, a cada lado.

Me arrastré hasta el final de la barrera y atisé por un lado. El crío se había marchado. Desde allí veía las pequeñas bocas de las dos armas sobre el mostrador.

Me puse de pie y volví junto a la pared, apagué las luces, giré el pomo del cerrojo y salí. El chófer de los Winslow silbaba mientras pulía los cromados delante de los garajes.

Aplasté el sombrero en la mano y volví a recorrer el lateral de la casa en busca del niño. No lo vi. Llamé al timbre de la puerta principal.

Pregunté por la señora O'Mara. No dejé que el mayordomo recogiese mi sombrero.

## XI

Llevaba un nosequé de color blanco nácar, con piel blanca en los puños y el cuello y en la parte de abajo. A un lado de su butaca había una mesita de desayuno con ruedas y ella estaba sacudiendo cenizas de la plata.

La doncella de aire tímido y piernas bonitas vino y se llevó la mesa y cerró la alta puerta blanca. Me senté.

La señora O'Mara apoyó la cabeza sobre un almohadón que tenía detrás y puso cara de cansada. La línea de su cuello resultaba lejana, fría. Se me quedó mirando con la mirada dura y fría, llena de disgusto.

—Ayer me pareció bastante humano —dijo—. Pero ya veo que no es más que un bruto igual que los demás. Un poli bruto.

—He venido a preguntarle por Lash Yeager —dije.

Ni siquiera fingió que le divertía.

—¿Y por qué se le ha ocurrido preguntarme a mí?

—Bueno... Si vivió usted una semana en el Dardanella Club... —Agité en el aire el sombrero aplastado.

Miró fijamente el cigarrillo.

—Bueno, pero no lo conocí, creo. Recordaría ese nombre tan poco corriente.



—Esos animales tienen todos nombres así —dije—. Parece ser que ese Larry Batzel, que me imagino que también habrá leído en el periódico cosas sobre él, fue amigo de Dud O'Mara. Ayer no le hablé de él. Igual fue una equivocación.

Empezó a latirle el pulso en la garganta. Dijo con voz suave:

—Tengo la sospecha de que está usted a punto de ponerse muy insolente, tanto que tal vez no tenga más remedio que hacer que le echen.

—No antes de que haya recitado la parte que me toca —dije—. Parece ser que el chófer del señor Yeager, porque esos animales tienen chóferes además de nombres poco corrientes, le dijo a Larry Batzel que el señor Yeager había salido para venir aquí la noche que desapareció O'Mara. La antigua sangre militar tenía que servirle para algo. No movió ni un músculo. Se limitó a permanecer completamente helada.

Me levanté y cogí el cigarrillo que sostenían sus dedos congelados, y lo apagué en un cenicero de jade blanco. Dejé cuidadosamente mi sombrero sobre su rodilla de blanco satén. Me senté otra vez.

Al cabo de un rato movió los ojos. Los movió hacia abajo y observó el sombrero. El rostro se le fue ruborizando muy lentamente, dos manchas de color vívido sobre los pómulos. Luchó contra su lengua y sus labios.

—Ya lo sé —le dije—. Como sombrero no es gran cosa. No es que quiera hacerle un regalo. Pero fíjese en los agujeros de bala.

Su mano cobró vida y agarró el sombrero. Sus ojos eran llamaradas.

Desarrugó la copa, miró los agujeros y se estremeció.

—¿Yeager? —preguntó, muy débilmente en un hilillo de voz, de voz vieja.

—Yeager nunca usaría una carabina de tiro del veintidós, señora O'Mara —dije muy despacio.

La llama de sus ojos se apagó. Se convirtieron en charcos de oscuridad, de algo mucho más vacío que la oscuridad.

—Usted es su madre —dije—. ¿Qué quiere hacer sobre este tema?

—¡Dios misericordioso! ¡Dade! ¡Disparó contra usted!

—Dos veces —dije.

—Pero, ¿por qué...? Oh, ¿por qué?

—Cree que soy un listillo, señora O'Mara. Nada más que otro tipo de mirada dura que viene del otro lado de las vías. Sería fácil, si lo fuera. Pero la verdad es que no lo soy para nada. ¡No tendré que decirle por qué me disparó!

Se quedó callada. Asintió lentamente. Ahora su cara era como una máscara.

—Yo diría que probablemente no lo puede evitar —dije—. No quería que encontrara a su padrastro, para empezar. Y luego, es un mocito al que le gusta el dinero. Parece una tontería, pero es parte de la película. Casi pierde un dólar conmigo tirando al blanco. Parece poca cosa, pero él vive en un mundo pequeño. Y por encima de todo, claro está, es un pequeño sádico loco al que le pica el dedo del gatillo.

—¡Cómo se atreve! —bramó. No quería decir nada. Ella mismo lo olvidó al instante.

—¿Cómo me atrevo? Pues claro que me atrevo. No nos molestemos en imaginar por qué disparó contra mí. Yo no soy el primero, ¿no? No sabría de lo que le estoy hablando si no hubiera dado por hecho que lo hizo a propósito.

No se movió ni habló. Respiré hondo.

—Así que vamos a hablar de por qué disparó contra Dud O'Mara —dije.

Si hubiese pensado que también gritaría esta vez, me habría equivocado. El anciano de las orquídeas había instilado en ella algo más que su altura, el pelo oscuro y los ojos inquietos.

Echó los labios hacia atrás e intentó pasarse la lengua por ellos, y por un segundo eso le dio el aspecto de una niña asustada. Se le afilaron las líneas de las mejillas y levantó una mano como si fuera una mano artificial movida con alambres, y agarró la piel blanca de la garganta y tiró de ella con fuerza, y la apretó hasta que los nudillos se le quedaron como huesos blanqueados. Y solo luego me miró.

Entonces mi sombrero se le deslizó de la rodilla y cayó al suelo sin que ella se moviera. El ruido que hizo al caer fue uno de los ruidos más fuertes que he oído en mi vida.

—Dinero —dijo con voz ronca y seca—. Por supuesto, quiere dinero.

—¿Y cuánto dinero quiero?

—Quince mil dólares.

Asentí, con el cuello tan tieso como un jefe de sección que quiere tener ojos en la espalda.

—Eso estaría más o menos bien. Eso sería el pago justo. Eso sería más o menos lo que llevaba en los bolsillos y lo que Yeager se llevó por librarse del muerto.

—Es usted demasiado condenadamente listo —dijo en un horrible tono—. Podría matarlo yo misma y disfrutar con ello.

—En efecto —dije tratando de sonreír—. Listo y sin un solo sentimiento. Pasó algo más o menos así. El niño pilló a O'Mara donde me pilló a mí, y con la misma trampa tonta. No creo que fuera ningún plan. Odiaba a su padrastro, pero no creo que planeara matarlo exactamente.

—Lo odiaba —me confirmó.

—Así que los tenemos en la pequeña galería de tiro y O'Mara está muerto en el suelo, detrás de la barrera, fuera de la vista. Naturalmente oír disparos allí no significaba nada. Y habría muy poca sangre, con un tiro en la cabeza con un calibre pequeño. Así que el crío sale, echa la llave a la puerta y se esconde. Pero al cabo de un tiempo tiene que decírselo a alguien. Tiene que contarlo. Se lo dice a usted, que es su madre. Es a quien hay que decírselo.

—Sí —alentó—. Hizo exactamente eso. —Sus ojos habían dejado de odiarme.

—Usted piensa decir que es un accidente, lo cual está bien, salvo por una cuestión. El crío no es un crío normal, y usted lo sabe. El general lo sabe, el servicio lo sabe. Debe de haber otras personas que lo sepan. Y los de la ley, por tontos que usted los crea, son bastante espabilados con los tipos subnormales. subnormales. Tienen que tratar con muchos de ellos. Y yo creo que el chico habría hablado. Creo que después de un tiempo incluso habría alardeado.

—Siga —dijo.

—Y no quería arriesgarse a eso —dije—. Por su hijo y por el anciano enfermo de las orquídeas. Haría usted cualquier cosa espantosa y criminal antes que arriesgarse a eso. Así que la hizo. Conocía a Yeager y lo contrató para que se deshiciera del cuerpo. Y eso es todo... Además de lo de esconder a la chica, Mona Mesarvey, que ayudaba a hacer que pareciera una desaparición deliberada.

—Se lo llevó después del anochecer, en el coche del propio Dud —dijo con voz ahogada.

Alargué la mano y recogí el sombrero del suelo.

—¿Qué me dice del servicio? —pregunté.

—Norris lo sabe. El mayordomo. Pero se dejaría matar antes de contarlo.

—Sí. Ahora ya sabe por qué se cargaron a Larry Batzel y por qué a mí me llevaron a dar un paseo, ¿verdad?

—Chantaje —dijo—. Todavía no me había llegado, pero me lo esperaba. Estaría dispuesta a pagar lo que fuera, y él lo sabía.

—Poquito a poco, año tras año, en el negocio habría fácilmente un cuarto de millón para él. No creo que Joe Mesarvey tuviera nada que ver. Sé que la chica estaba fuera.

No me dijo nada. Se limitó a seguir con los ojos clavados en mi cara.

—¿Por qué demonios —gruñí—, no le quitó las armas al crío?

—Es peor de lo que se imagina. Eso habría desencadenado algo peor. Yo... Yo misma casi le tengo miedo.

—Lléveselo —dije—. De aquí. Aléjelo del viejo. Es lo bastante joven para curarse, si recibe el tratamiento adecuado. Lléveselo a Europa. Lejos. Y lléveselo ya. Mataría al general de un plumazo ver su sangre involucrada en algo así.

Se levantó arrastrándose y se siguió arrastrando hasta las ventanas. Se quedó allí quieta, casi mezclándose con el blanco de los gruesos visillos. Las manos le colgaban a los lados, también inmóviles. Al cabo de un rato dio media vuelta y pasó a mi lado. Cuando ya estaba detrás de mí tomé aliento y sollozó una sola vez.

—Fue muy vil. Lo más vil que he oído nunca. Y, sin embargo, volvería a hacerlo. Padre no lo habría hecho. Habría hablado directamente. Y eso, como usted dice, lo habría matado.

—Lléveselo lejos —insistí—. Ahora está escondido ahí afuera. Cree que me alcanzó. Está por ahí escondido como un animal. Búsquelo. No puede evitarlo.

—Le he ofrecido dinero —me dijo todavía a mis espaldas—. Eso ha estado feo. Yo no estaba enamorada de Dudley O'Mara. Eso también está feo. No puedo darle a usted las gracias. No sé qué decir.

—Olvídelo —dije—. No soy más que un viejo percherón. Dedique sus esfuerzos al crío.

—Se lo prometo. Adiós, señor Carmady.

No nos estrechamos la mano. Bajé las escaleras y el mayordomo estaba en la puerta como de costumbre. En su cara no había más que cortesía.

—¿No querrá usted ver al general hoy, señor?

—Hoy no, Norris.

Fuera no vi al crío. Salí por el portillo, llegué a mi Ford alquilado y me fui cuesta abajo, atravesando el antiguo emplazamiento de los pozos de petróleo.

Alrededor de algunos, sin verse desde la calle, todavía quedaban algunos desagües con aguas residuales y espuma de petróleo por encima. Debían de tener tres o cuatro metros de profundidad, puede que más. Dentro de ellos debía de haber cosas oscuras. Quizás en uno de ellos... Me alegraba de haber matado a Yeager.

De regreso al centro me paré en un bar y me tomé un par de copas. No me sentaron nada bien.

Para lo único que sirvieron fue para hacerme pensar en Peluca de Plata, y nunca más la volví a ver.